

Por Carlos SUAREZ M.

- I -

**E**l descrédito en que paulatinamente caen las dictaduras latinoamericanas, siempre vinculadas al proyecto de dominio oligárquico-imperialista, pretenden ser reducido con el auxilio de ciertos periódicos, escritores y periodistas que se prestan a ser la gendarmería colonial del pensamiento. Desde los conspicuos y lamentables ejemplos de un Alcides Arguedas o un Jorge Luis Borges, panegiristas del racismo y de la "democracia" norteamericana, hasta la interminable legión de plumíferos a tanto la línea que borronan cuartillas en las publicaciones profascistas del continente, existe toda una gama de paniaguados inscritos en la tradición de las inefables Selecciones del Reader's Digest. Son, a no dudarlo la contrafigura del periodismo combatiente de José Hernández, José Martí, Juan Montalvo, Ricardo Flores Magón y José Carlos Mariátegui, entre tantos que sintetizaron al escritor con el militante por las mejores causas de nuestra América.

Salvadas sean las distancias literarias que separan a un Borges del Pico de la Mirándola del subdesarrollo que es Mariano Grondona, conspicuo asesor fracasado de las dictaduras de Argentina, a la vez que columnista de Visión en su carácter de supuesto politólogo y del diario La Opinión como agente de los servicios de informaciones del ejército, saltan a la vista sus coincidencias fundamentales. Borges —el hecho es público y notorio— tiene la desgracia de ser ciego, así como también era inválido el tristemente célebre general español que lanzó un "¡Viva la muerte!" en la Universidad de Salamanca, invadida por las escuadras falangistas.

Miguel de Unamuno respondió con entereza al deforme Millán de Astray, simbolizando a los millones de españoles que darían su vida por la libertad, y le señaló al torpe fascista que el deshonor no radicaba en la mutilación sufrida sino en la pretensión de imponer el "orden" de los cementerios. Porque aun cuando Borges ha leído bastante más que el oficial hispano y según parece escribe mejor, las diferencias formales se borran ante su plena identificación con el crimen institucionalizado. Asumiendo aquel grito absurdo, destinado a sentar cátedra entre muchos dictadores

latinoamericanos, el literato nacido en Argentina solicita al general Jorge Videla que se implante la pena de muerte en el país. Sus declaraciones, complementarias de aquellas que decían: "No sé qué es lo que podrán hacer los nuevos gobernantes, pero hay ya una mejoría: el nuevo gobierno está formado por caballeros (23-4-1976), vienen a ratificar el concepto borgiano de la "democracia" y la "ética", aunque, claro está, la mayor parte de sus inquietudes son infundadas: la pena de muerte se aplica masiva e indiscriminadamente en la república sudamericana.

Otro admirador del "gentil caballero" militar (Videla) que todos los días ordena torturas y masacres desde la Casa Rosada, Ernesto Sábato, parece ahora destinado a ocupar la dirección de la Editorial Universitaria de Buenos Aires. No se sabe cuáles serán las posibilidades editoras del conflictuado autor de Sobre Héroes y Tumbas, ya que son pocos los márgenes permitidos por los "salvadores de la patria" a no ser alguna impresión ilustrada de Mi Lucha o los discursos completos de Mussolini y Franco.

Ya en 1955 los dos escritores adhirieron a la "revolución libertadora" que ponía fin a la hegemonía política y social del "aluvión zoológico" (léase la clase trabajadora), aunque Sábato emitió luego algunas críticas sobre la tortura a que eran sometidos miles de presos políticos: esa actitud no fue de ninguna manera compartida por Borges, coherente del principio al fin en su fascismo descarnado.

Juan J. Hernández Arregui (Imperialismo y Cultura) escribía acerca de los ataques del ciego cuyo lenguaje admiran los militares que usan uniforme argentino: "La intención de Borges ha sido desvalorizar el contenido social del poema (el Martín Fierro), su significado histórico y reducirlo a mera expresión estética. Detrás de todo esto hay, además, el propósito de despojar al arquetipo de toda connotación colectiva, de transformarlo en un hecho humano accidental. Y es que, con toda razón, percibe en Martín Fierro la conciencia de una clase social oprimida y desplazada por la misma cultura de cuyos valores parte Borges para enjuiciarlo. No sólo odia el personaje —al fin de cuentas un fantasma literario—, sino todo aquello que directa o indirectamente confirme el elevado valor de esta obra

gaucha".

En septiembre de 1975, época en que todavía gobernaba María Estela Martínez, Borges aprovechó un ágape para decir: "No sólo estamos viviendo en un país venal, sino que, además, estamos viviendo en un país que admira la venalidad". Desde luego que al refinado escritor no le importa la venalidad cuando se trata de "caballeros" al estilo de los actuales integrantes de la junta militar, ya que lo único criticable, a su juicio, es la reconocida falta de elegancia de los lumpen como López Rega y la ex presidenta. Nunca se detuvo a considerar (al fin por algo se es un "poeta puro") que derrocados y derrocadores comparten objetivos fundamentales: instaurar sin restricciones el poder de los monopolios transnacionales y de la oligarquía terrateniente, mas allá de las diferencias de superficie que los puedan separar.

Tampoco analizó el admirado Maestro de cuánto cipayo pulula por América Latina, tratando de crear olimpos sociales donde no rijan para los hombres de letras los valores y condiciones con que se juzga a cualquier persona que influya en la opinión pública, que la "venalidad" no es algo intrínseco al país donde accidentalmente nació y menos estigma invariable de sus ciudadanos, sino una consecuencia del sistema de injusticia social, económica y política que él tanto contribuye a defender. Los mayores negociados de la historia nacional fueron patrimonio de las dictaduras militares, las que a imagen y semejanza de las plagas bíblicas sólo dejaron ruinas tras su paso.

Lo extraño de Borges no radica en sus despropósitos. Poco o nada pueden ya asombrarse los argentinos de una persona que enalteció la esclavitud, señalando que el gran error de Lincoln fue darle la libertad a los negros, o que en sonadas declaraciones dedicó un libro a Nixon en momentos que recrudescían los bombardeos yanquis sobre Vietnam; si causa extrañeza, por no decir que confirma fundadas sospechas, el fervor borgiano de muchos defensores del "mundo libre".

En última instancia los fascistas con máscara liberal "independiente" siguen condenando las masacres de judíos en la segunda guerra (cosa que es lícita y correcta), pero se vuelven de espaldas ante la matanza de palestinos en Tal Zaatar o las cotidianas aberraciones represivas de los dictadores del Cono Sur. Son los escribas del coloniaje, y su responsabilidad no es ni será menor que la de los torturadores de oficio.

# EL SOL DE MÉXICO

## LOS ESCRIBAS DEL COLONIAJE

Por Carlos SUAREZ M.

II

La Sociedad Interamericana de Prensa, esa benemérita SIP de los elogios de la "libertad" que se goza con Pinochet, Videla o Geisel, carece de preocupaciones ante los atropellos que sufre el periodismo en el Cono Sur. El jueves 29 de julio la policía federal brasileña secuestró la edición número 195 del semanario Opiniao, editado en la ciudad de Rio de Janeiro, sin que se fundamentaran los motivos reales de la medida, pese a que Opiniao estaba, como todas las publicaciones brasileñas, sometida a la censura previa (textos, fotos, títulos, anuncios, etc.), su director, Fernando Gasparian, estimó favorables algunos indicios acerca del aflojamiento de los controles respecto a la prensa.

Ciertos rumores, basados solamente en los buenos deseos de sectores relativamente liberales del muy castigado país sudamericano, indicaban que la odiada censura podría desaparecer. Ello impulsó a Gasparian a cometer un grave error: incluir un par de artículos no revisados por el diligente inquisidor gubernamental.

La misma situación rigió para Movimiento y O Sao Paulo, periódicos que circulan en la urbe paulista; el primero debe someterse a una doble intervención de agentes policiales en Brasilia y San Pablo, mientras que el otro se analiza en la propia imprenta. De acuerdo a su costumbre, expresada en reiteradas ocasiones, Geisel calificó de "irresponsables" los artículos no expurgados por su muy culta y refinada policía, cuya exquisitez llega al extremo de haber vetado la inclusión en Movimiento del texto de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos.

Si a los esbirros brasileños les molesta aquello de que "nosotros creemos que estas verdades son evidentes de por sí; que todos los hombres han sido dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre ellos el derecho a la vida, a la libertad, y a la búsqueda de la felicidad", también a los postulantes del "modelo" tecnocrático y represivo latinoamericano les sucede lo mismo. Así es que Mariano Grondona reitera sus parrafadas orteguianas, aromadas con el inevitable tufillo tomista, para quejarse de la "mala prensa" que en los Estados Unidos y Europa tienen sus admirados

Pinochet, Geisel y Videla. Esta vez no se dedica a demostrar —¡oh tiempos de Onganía!— "que la patria esperó treinta años para celebrar espontáneos con su salvador", sino a fundamentar el significado de la "democracia" vigente en el Cono Sur.

Tras afirmar rotundamente: "La visión distorsionada de los regímenes militares del Cono Sur en la prensa internacional de Occidente se debe a la incultura profunda del norteamericano y europeo que la lee, condicionándola", agrega profético: "las palabras no quieren decir lo mismo en el Norte y en el Sur". Prosiguiendo con el desvelo esciarecedor, puntualiza MG: "socialismo (en Europa) es estado de bienestar", mientras que en América Latina lleva a gobiernos como el de Allende a emprender "una aventura totalitaria", pero aquí es el remate lo valedero: "¿Cómo explicarles (a norteamericanos y europeos) que en el Cono Sur la democracia instantánea (?) se corrompió prontamente y que lo que se intenta hoy allí no es un fascismo, no es un totalitarismo de derecha, sino la fundación monárquica que asegure el orden y la etapa oligárquica que canalice los capitales de inversión antes de entrar en la fase más espontánea —y distributiva— de la democracia?".

En la década del 20 se destacó una generación de escritores oligárquicos que identificaron al país inmutable y perenne con la semicolonía pastoril. Influenciados directamente por Charles Maurras, asumieron incluso su lenguaje apocalíptico: "El mundo está hecho, inspirado, excitado y como nutrido por un perpetuo renacer; de las pavesas de los imperios y del polvo de las civilizaciones brotan los progresos dignos de tal nombre. La vida perecería si no viniera sostenida, estimulada y alimentada por los muertos".

También Maurice Barrés, el teórico más importante de la pronazi Action Française, se rastrea en la obra de Ibarguren, de Estrada, Sánchez Sorondo, Goyeneche y demás partidarios del Eje durante la segunda guerra, que abonaron las tesis que hoy trata de actualizar Mariano Grondona. Más cercano a José Antonio Primo de Rivera y Ramiro de Maeztu, el articulista de Visión sostiene la necesidad

de acabar con "la democracia formal y apócrifa", razón por la cual los militares son los únicos llamados a dar soluciones: "Las autocracias son, en el Cono Sur, el primer paso de democracias sólidas, reales". O sea, llamando a las cosas por su nombre: destruyamos hasta el último vestigio de organización popular y entonces podremos instaurar regímenes dependientes del imperio sin sobresaltos.

Los "nacionalistas" de hace cuarenta años le atribuían todas las culpas de la "anarquía" promovida por el "gobierno de las turbas", indefectiblemente asociado a las mayorías trabajadoras, a la supresión del "orden y las jerarquías" que arrojó la Revolución Francesa; los Grondona de 1976 buscan en una institución ajena al mundo, inmarcesible en sus virtudes, poseedora en exclusividad del "ser nacional" —el ejército pentagonista— el soporte fundacional de la utopía monopolista: "El rico en su castillo. El pobre en su choza. Dios los puso arriba y abajo, y ordenó su condición".

Frente al derrumbe de la dictadura militar de Argentina, Grondona, Timerman, Gainza Paz, Casabellas, Vigil, para no citar sino a un grupo de los más visibles panegiristas del fascismo "occidental y cristiano", extreman sus argumentos justificatorios. Compatibilizar la democracia con el exterminio sistemático de ciudadanos de todas las tendencias, hablar de libertad en medio de la censura más asfixiante, acusar a otros países de "totalitarios" (México, Cuba, Vietnam, Angola, Jamaica, etc) al mismo tiempo que se suprimen los mínimos derechos humanos y constitucionales, parece ser la empresa confiada a tales notabilidades.

La conjunción entre militares tan cultivados como el general Edgardo Vilas, absolutamente convencido de "que la subversión entró a las universidades cuando comenzó a dictarse una materia llamada Economía Política", y los dóciles escribientes de la factoría colonial, aparte de producir regocijo ante el disparate y conmiseración moral, nos muestra la decadencia sin retorno del sistema capitalista dependiente.

# EL SOL DE MÉXICO

## LOS ESCRIBAS DEL COLONIAJE

Por Carlos SUAREZ M.

### III

Uno de los problemas que más preocupa a las dictaduras del Cono Sur, dentro de las que incluimos también al señalado conjunto de ideólogos fascizantes, escritores domesticados y periodistas venales, es el futuro institucional de sus regímenes. Los militares y quienes las ofician de asesores saben que a mediano o largo plazo sus construcciones jurídico-políticas serán desconocidas y derogadas por gobiernos representativos de la voluntad popular, obligándolos a extremar modificaciones que impidan, a su juicio, el restablecimiento pleno de la soberanía de los pueblos hoy oprimidos.

La sucesión de "actas" castrenses, sobrepuestas a la vigencia de los respectivos textos constitucionales, tuvo su origen en los gobiernos de Castello Branco y Costa e Silva, cuyas innovaciones en la materia son recogidas por los nuevos gorilatos de la región. No obstante, siempre surgen nuevos aportes a la manera de Grondona o del columnista "estrella" del diario La Opinión de Buenos Aires, Ramiro de Casasbellas.

El diario La Opinión comenzó a editarse en 1971, bajo la dictadura

militar de Alejandro Lanusse, reuniendo en sus cuadros periodísticos a los mejores profesionales de Argentina. Instrumento destinado a fundamentar con fraseología de izquierda los planes acerca del "gran acuerdo nacional" lanussista, o sea la instrumentación de un proyecto condicionante de la soberanía ciudadana en las elecciones a realizarse en 1973, el periódico dirigido por Jacobo Timerman ejemplifica la mentalidad de los cultores de las "autocracias" que son "el primer paso de democracias sólidas, reales". La dialéctica engañosa de los Timerman, Casasbellas y Grondona, "casualmente" colaborador de la misma publicación, buscó crear consenso para la dictadura "democrática" de Lanusse ayer (1971-1973), de la misma forma que justifica cualquier aberración de la "autocracia" de hoy.

Epígonos tardíos y venidos a menos de los teóricos del fascismo extranjero o vernáculo, los articulistas elaboran emplastos basados en textos envejecidos de los clásicos oligárquicos. Al respecto Hernández Arregui: "Las más oscuras vaguedades les parecen a los intelectuales argentinos, ya sean liberales o nacionalistas, supremas verdades metafísicas. Pero esta metafísica, como en el caso de las observaciones pedantes de Ortega (y Gasset) sobre los argentinos, no van más allá de generalidades sobre un determinado tipo de porteño. Así como Keyserling nos dio una calculada y condal visión de la Argentina, en los años que Ortega anduvo por aquí, tampoco vio cómo esa imagen comenzaba a derrumbarse y que el ideal oligárquico de vida, confrontado con la realidad económica y política del país, iniciaba un periodo de crítica en millones de argentinos contra esa alucinación con pedestal de trigo. La cultura agropecuaria comenzaba a tambalear. Pero ni Ortega ni Keyserling vieron el verdadero y anónimo país que se anunciaba como una rebelión multitudinaria contra el poder de la oligarquía, en las calles, no en los círculos intelectuales".

Tampoco lo ven los pretendidos ideólogos, oficiales u oficiosos, de la junta militar actual. El accidente geográfico del nacimiento (muchos

de ellos manifestaron su desencanto por el hecho de no ser ingleses o franceses) no los habilita para entender el curso de una historia que en su momento los desbordará definitivamente. De allí la peregrina propuesta de Casasbellas en La Opinión del 3 de agosto pasado, cuando sostuvo la necesidad de una "reorganización institucional" con exclusión de los partidos políticos; de esa manera, según el articulista, se asegurará la "autenticidad representativa" del gobierno venidero.

Haciendo suya la iniciativa del presidente de la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y la Pampa, Jorge Aguado, quien dirigiéndose a sus pares latifundistas afirmó: "(debemos) iniciar la gestación de un amplio movimiento de opinión nacional que, por encima de aspectos materiales, vaya indicando pautas y cauces de acción para encontrar o establecer la correcta organización que posibilite una activa participación ciudadana a cualquier nivel de decisión".

El corporativismo apenas disimulado del empresario y el periodista no aporta mayores innovaciones, ya que en 1930 y 1966 los generales Uriburu y Onganía propusieron lo mismo. El fracaso más rotundo fue el saldo final de los militares y sus asesores civiles, ignorantes en todo momento de la realidad nacional.

Las iniciativas de "reorganización" que las fuerzas armadas trataron de implementar, salvo en el lapso 1943-1946, consistieron lisa y llanamente en la supresión de los derechos cívicos del pueblo. La "inmadurez" de los argentinos para autogobernarse debía, según los partidarios dictatoriales, originar una tutoría sin término ni limitaciones constitucionales.

El "nuevo orden" de Onganía y la "democracia adulta" de Videla son entonces hijos putativos del nunca desaparecido proyecto corporativo de instaurar "representaciones" profesionales y anular permanentemente la posibilidad de los pronunciamientos electorales de la ciudadanía. Y aquí entra al debate Lanusse con su "participación restringida" de corte más liberal